

un metro del suelo. La cadena que anclaba su tobillo evitaba que pudiese alcanzar la ventana. Los delirios del paciente eran tan agudos que alteraban la percepción de quienes le rodeaban como si su mal se transmitiese a las personas cercanas, pero el efecto terminaba al abandonar su compañía. Incluso pervertía los instrumentos de medida a su alrededor.

El paciente se giró y le miró. Sonreía como siempre. Ni siquiera dosis altas de torazina alteraban su comportamiento.

El celador tiró de la cadena plegándola haciendo que bajase al suelo.

—Nada ha funcionado —dijo el doctor Cifuentes al paciente—. Me han autorizado a usar el método definitivo.

Quitó el seguro de la escopeta, amartilló y apuntó con cuidado. Disparó.

A esa distancia no podía fallar. El disparo atravesó ropa, piel y músculos empujando junto con el estruendo del arma el cuerpo del paciente.

Al sentirse morir sanaría por lo menos durante los últimos instantes de su vida dándose cuenta de la verdadera naturaleza del mundo real.

Pero seguía sonriendo, manchado de sangre y herido. Tenía que estar muerto pero comenzó otra vez a flotar, víctima de sus delirios. Al preguntarse en voz alta, desesperado, cómo era posible, el paciente le habló por primera vez en aquellos cuatro años.

—Es que aquí no creo en la muerte.

Cifuentes se había preparado para hablar con aquel hombre durante años pero solo pudo barbotar unas palabras.

—Da igual lo que usted crea. Lo que es es.

—No lo entiendes Cifuentes. Si tan seguro estás de las cosas, explica por qué no estoy muerto.

—Yo —vaciló— no lo sé.

—Solo quiero que mejores. Todos estos años preocupado por ti sin poder ayudarte y por fin comienzas a reaccionar. Dime quién soy.

Cifuentes miró la ficha.

—El doctor Bernal.

—Sí, Cifuentes, el doctor Bernal. Si puedo hacer cosas imposibles... razona, Cifuentes, dílo tú.

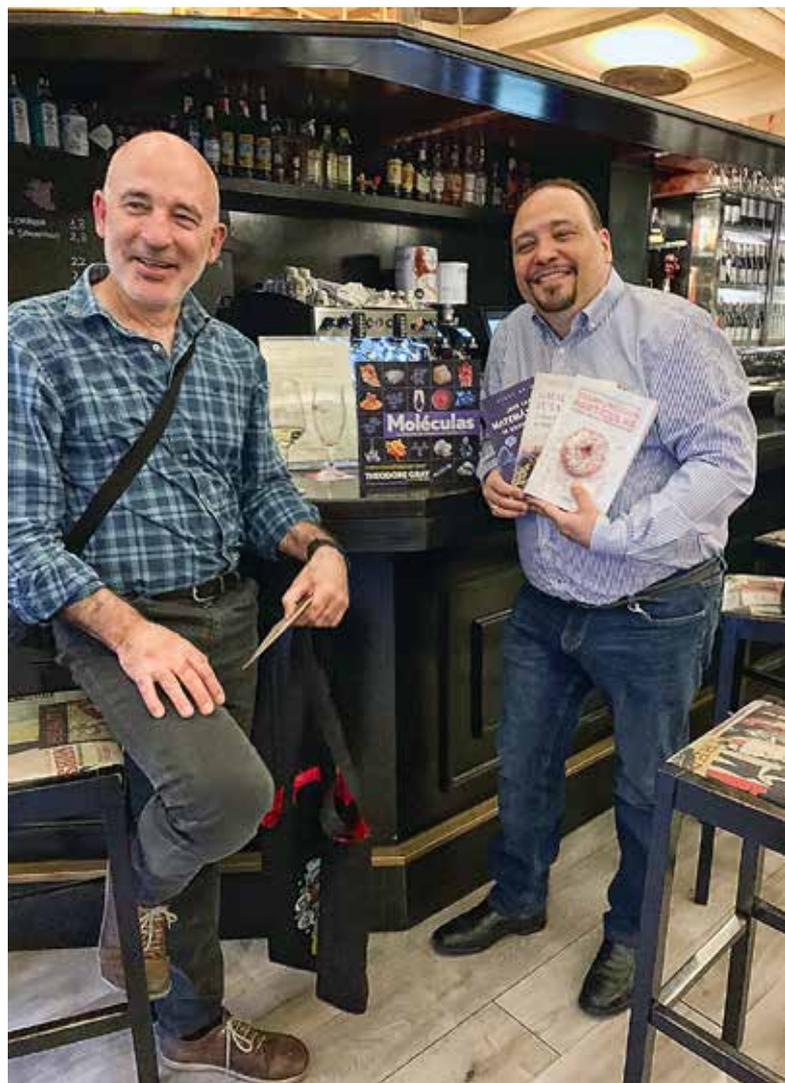
—O estoy loco o esto no es la realidad ¿Es un sueño?

La profesora Lucía Benavente, señora de Cifuentes, cogió el móvil. Habló unos segundos y comenzó a llorar de alegría.

—¡Javier! ¡El doctor Bernal dice que papá ha despertado del coma!

### **Mención especial del jurado: SIMILIA Raúl de la Torre (Madrid)**

La verdad es que cuando nació el niño no era muy guapo. De hecho era espantoso. La familia directa callaba prudentemente, salvo la tía Margarita, que ajena a la discreción general anunciaba alborozada el parecido con sus papás. Y lo peor es que tenía razón: el rorro era la viva imagen de sus progenitores, que cualquier observador imparcial hubiese supuesto pri-



José Javier del Villar, con su accésit, recogido de manos de nuestro socio José Luis Cebollada.

mos, si no un grado mayor de incestuosa consanguinidad. Conforme fueron pasando los meses, luego los primeros años, fue quedando patente que la falta de atractivo físico no era el único regalo recibido de la naturaleza. Aunque adquirió con normalidad el secreto de la bipedestación y de la marcha, arrasando a su paso adornos y otros objetos de difícil descripción, no ocurrió lo mismo con el lenguaje, que apareció escasa y tardíamente, en compañía de una plétora de sonidos guturales de incomprensible sentido. El diagnóstico debería haber sido evidente para cualquiera: el niño era un infeliz de escasas luces, eso que antes de la epidemia de lo políticamente correcto se conocía como tonto de baba. En cualquier caso, dicha evidencia no lo fue para sus orgullosos padres, por mor tal vez del parecido con el infante, hasta que ingresado este en un establecimiento docente adecuado a su edad física, una maestra consiguió no sin gran esfuerzo que les entrara en la mollera.

Podría decir que cundió la desolación en aquella atribulada familia, pero no sería del todo cierto. Si bien habían llegado a captar someramente la realidad que atenazaba a su retoño, no había ocurrido lo mismo ni con la cronicidad del caso ni con el poder de la carga genética, y ambos miembros de la pareja

se devanaban los sesos buscando remedio para el hecho irreversible. Fue la tía Margarita quien sin querer procuró la solución. Era la tía Margarita mujer frecuentadora obsesiva de herbolarios y parafarmacias, y cliente compulsiva de magos, nigromantes y videntes televisivos con los que se dejaba una pasta gansa que no tenía. Gustaba también de contar a quien quisiera oírlo las bondades de los tratamientos a los que se sometía para sus imaginarios males y su nada imaginaria decadencia. En una de sus múltiples matracas familiares, glosó con gran convencimiento las maravillas de unas píldoras milagrosas que, fabricadas con raspaduras repetidamente diluidas de una pata de pollo tomatero, resultaban portentosamente eficaces para esas arrugas que aparecen con la edad en las comisuras de los ojos. El secreto radicaba, declaraba, en coger un poquito de algo malo y convertirlo en bueno por obra y gracia de una milenaria técnica latina, cuyo nombre leyó sacando un papel de su bolso: *similia similibus curantur*, anunció con el orgullo de quien se siente iluminado por el conocimiento arcano. Lo inventó un romano que se llamaba Samuel, de los de antes de Cristo, concluyó satisfecha. Nada parecía hacerle dudar a pesar de lo que el espejo debía revelar cada mañana, y cambiando de tema pasó a comentar el horóscopo correspondiente a ese día.

El padre de la criatura se había quedado empero con la copla, y no paraba de darle vueltas. El chico muy listo no parece, se decía; si pudiera darle alguna píldora de esas, ahora que por su temprana edad toda-

vía estamos a tiempo, tal vez acabará siendo un sabio benefactor de la humanidad, o líder mundial como el coreano ese del que hablan, y que tiene a todo su país metido en el bolsillo... Estaba claro que ese remedio concreto no se había inventado todavía; de lo contrario, estaría en las farmacias. Así que antes de nada decidió documentarse, buscando en internet las palabras mágicas del romano antiguo ese.

Al parecer, todo consistía en coger la materia prima necesaria y disolverla mucho, hasta que se obrara la transformación. El problema, claro, era qué materia prima: si para las patas de gallo de la tía hace falta un pollo —se dijo— para hacer inteligente a un menguado hará falta un tonto. Tonto es el que dice tonterías, y los que dicen más tonterías son los que salen por la tele, pensó. Pensado y hecho, se ocultó de madrugada en los alrededores del estudio, a la espera del primer tertuliano que saliera. Seguro de la legitimidad de su causa y de que el elegido no estaría por la labor de convertirse en donante, optó por un expeditivo estacazo que le permitió disponer de sangre abundante, a la vez que, sin ser consciente del efecto colateral, libraba a la audiencia de semejante caspa.

Cuando la policía lo detuvo en la cocina de su casa, se hallaba en pleno proceso de dilución, que quedó inconcluso alrededor del vigésimo trasvase. Esposado en el coche celular, camino del manicomio, se oía al desdichado murmurar húmedos los ojos: hijo mío, decía con un hilo de voz, qué será del pobre ahora...

